

la creencia de los latinos, no solo de la procesion del Espíritu Santo y de la consagracion de los ácidos, sino tambien de la transubstanciacion, del purgatorio, de los sufragios por los muertos, de la penitencia, de la confirmacion que los sacerdotes pueden dar entre los griegos, de la estremauncion practicada, dice espresamente, siguiendo la doctrina del Apóstol Santiago, del matrimonio, que puede ser reiterado hasta tres veces ó mas, y en fin, de todos los sacramentos en número de siete.

Juan Vecco se esplicó de este modo con Roma; y obrando consiguientemente en Constantinopla, escomulgó en concilio solemnemente á todos los que no reconocieran (estos son los términos del decreto) que la santa iglesia romana es la madre y la cabeza de todas las demás iglesias, la maestra que enseña la fe ortodoxa, y que su Pontífice es el primer Pastor y el Padre de todos los creyentes, en cualquiera clase que se hallen, obispos, presbíteros, ó diáconos. Falla en especial la escomunion contra los Príncipes cismáticos sujetos á la iglesia de Constantinopla, contra los senadores, contra todos los grandes de cualquiera condicion que fueran, y nominadamente contra los déspotas del imperio y de Etolia, Nicéforo y Juan Ducas, que se habian rebelado contra el Emperador por odio á la union.

5. Permanecieron los embajadores de Paleólogo en Italia hasta la eleccion del nuevo Papa, que se hizo en Viterbo el 23 de Noviembre de 1277. Recayó la eleccion en Juan Gaetano de la casa de los

Ursinos, cardenal diácono del título de San Nicolás, de donde tomó el nombre de Nicolao III. Poseía para el gobierno cualidades excelentes, aunque algo obscurecidas con algunas faltas. Era tan prudente, tan reflexivo en sus contestaciones, de rostro tan respetable, de tan buen talento y al propio tiempo tan modesto, que sin la tacha del nepotismo que principiaron á censurar en su pontificado, habria merecido sin reserva el sobrenombre que le dieron de cabal. No tardó en dejar á Viterbo para transferirse á Roma, donde fue consagrado, y luego le coronaron con solemnidad en San Pedro, el dia de San Estévan 26 de Diciembre.

6. De este Pontífice fue de quien se despidieron los embajadores georgianos, enviados á la santa Sede, según ellos aseguraron, por el Kan de los tártaros, desde el pontificado de Juan XXI (1). Hizo partir con ellos á cinco frailes menores, autorizándolos con amplios poderes para las absoluciones y dispensas. Hicieron estos misioneros bastantes conversiones entre los tártaros vecinos de la Hungría, para que el Papa juzgara oportuno establecer allí un obispado. Esto es lo único que se sabe de aquella mision.

7. El Papa Nicolao envió en el mismo año de 1278 embajadores al Emperador Miguel, y los hizo seguir tambien de cuatro frailes menores, á quienes revistió de la dignidad de legados apostólicos (2).

(1) *Rain. ann. 1278. num. 17. Nang. Chron. 1276.*

(2) *Pachim. lib. 5. cap. 26.*

Dióles instrucciones secretas llenas de sabiduría, pero no fáciles de egecutar. Debían ellos evitar con el mayor cuidado dar ninguna ocasion de rompimiento, y consumir sin embargo el negocio de la reunion de un modo sólido; penetrar á fondo la intencion de los griegos, de la cual se tenia siempre cierta desconfianza, y conducirlos hasta cantar el símbolo como los latinos con la adición de *Filio-que*. Debía la docilidad de los griegos sobre este artículo mirarse por Roma como la única prueba suficiente de su sinceridad; por cuanto la sumision á la verdadera fe, consignada de nuevo en los decretos de un concilio ecuménico, añade la instruccion, lejos de ser disimulada, debe ser profesada con la mayor publicidad.

Poco faltó para que el mismo Emperador, si hubiera tenido voluntad, se hallara en el caso de poder conducir á sus súbditos á esta práctica verdaderamente decisiva. Cuanto habia hecho hasta entonces habia degenerado en discordia en sus estados. Era éste un cuerpo moribundo que no podia soportar ya los remedios, ó al menos á quien los tratamientos tan tardios y débiles no podían mas que acabar el aliento de vida que le restaba. No obstante, habia un número bien pequeño de cismáticos instruidos y fundados en principios; pero una multitud de ignorantes y de entusiastas, de intrigantes ó esclavos de la codicia, recorrían todas las regiones de la Grecia donde el Emperador no era reconocido; esto es, la Morea, la Acaya, la Tesa-

lia y la Cólchide. Iban cubiertos de cilicios, divulgando visiones y falsas profecías por las ciudades y aldeas: se engañaban unos á otros, y crecía su número todos los dias. Ganó la seducción todas las clases del imperio y los parientes mas cercanos del Emperador, y aun los generales que éste habia enviado contra los rebeldes, y á todos los Soberanos subalternos, que en la conquista de Constantinopla hecha por los latinos se habian formado pequeños estados en diversas regiones de la Grecia (1). Esta fue la ocasion de que se valió el Príncipe de Trebisonda para tomar el título de Emperador junto con la corona imperial, y creó grandes oficiales por el modelo de los de Constantinopla.

Paleólogo tan vivamente estrechado, por una parte por tantos facciosos cismáticos, por otra por el Papa, cuya proteccion le era indispensable para defenderse del Rey de Sicilia, usó de la maniobra siguiente, á fin de no estrellarse en alguno de los dos escollos en que se hallaba encerrado. Antes que los legados pudieran tratar con persona alguna, reunió en su palacio los obispos á la cabeza del clero, y les dijo, que á pesar de los sacrificios que habia tenido que hacer para el restablecimiento de la concordia entre ambas iglesias, unos ánimos inquietos y falsamente celosos intentaban persuadir, que esto no era mas que una paz afectada y una verdadera falacia para burlarse del Papa y del concilio: que

(1) *Rain.* 1277. num. 60. et 1278. num. 13. = *Vading.* 1279. num. 2. et 3.

los legados en su consecuencia traían orden precisa de asegurarse de la fe de los griegos, exigiendo de ellos que recibieran el mismo símbolo que los latinos: que él hallaba esta condicion insoportable; mas que estando obligado por muchas razones á no romper con Roma, les pedia dejasen á los legados proponer pacíficamente, sin mostrar oposicion ni la mas leve emocion, dándoles al contrario todos los testimonios de deferencia, de respeto y de cordialidad que podrian esperar de unas gentes resueltas á satisfacer enteramente al Papa; por lo demás les prometia sobre su cabeza y su corona sostener mas bien la guerra contra el Pontífice y todos los Príncipes latinos, que consentir en que se añadiera una sola letra al símbolo.

Ganó tanto esta confianza á la asamblea, que cuando los legados hicieron su propuesta, ninguno de los griegos mostró la menor repugnancia. Para convencer mejor á los romanos de que procedian de buena fe, les hizo ver el Emperador hasta cuatro Príncipes de su sangre en las cadenas, y tratados con el último rigor por su adhesion al cisma. Eran con todo sus inteligencias con los rebeldes la principal razon de aquel trato, que llegó al punto de crueldad. Miguel Paleólogo, como todos los políticos que quieren conducirse entre dos partidos inconciliables, no pudo evitar los justos baldones, así de uno como de otro. Para alucinar al Papa con una deferencia de las mas inesperadas, hizo condenar á dos obispos como cismáticos, y entregarlos

á los nuncios, para ser conducidos á Roma y castigados por el juicio del Sumo Pontífice. En efecto, fueron á aquella ciudad, mostráronse arrepentidos, y el Papa les volvió á enviar absueltos. Asimismo le escribió una carta lisongera y cautelosa donde puso muchas suscripciones de obispos que no existian ni habian existido nunca. En esta misma carta con respecto á la doctrina, ó á la procesion del Espíritu Santo, amontona Paleólogo vagas y pomposas espresiones de padres; como de ser manifestado y dado, de brillar, de resplandecer, en una palabra, todos los términos mas propios para preocupar y hacer olvidar el de *proceder*, que no suena en ella en ninguna parte.

8. Irritado Paleólogo por otra parte contra aquellos que le acusaban de arruinar la fe, entanto que hacia los mas penosos esfuerzos para restablecerla en su antigua pureza, se abandonó á los mayores extremos contra los cismáticos, sin el menor respeto á la clase ni al nacimiento. Muerto Andrónico, que era uno de los cuatro Príncipes que gemian en las cadenas, mandó traer delante de sí los tres restantes, á quienes llenó de improperios é injurias. Despues de los interrogatorios, reiterados durante muchos dias, Juan Cantacuceno se rindió: mas permaneciendo inflexibles Isaac y Manuel, mandó sacarles los ojos. Tambien hizo cegar é implicar en esta causa á otras muchas personas de la primera gerarquía, por sola la sospecha de aspirar al imperio en perjuicio de sus hijos. La ternura excesiva

que les profesaba, y la beneficencia política respecto á los delatores, multiplicaron hasta lo infinito las egecuciones, las injusticias y los descontentos. Seguía como máxima que castigando por una acusación falsa, impediría que se diese materia á las verdaderas. Abría con esto todas las puertas á la calumnia y á la opresión de la inocencia. Sin embargo, sostúvose en medio de peligros de todo género durante un reinado de veintitres años, por su fortuna, por una especie de habilidad que le era propia, por un espíritu fecundo en recursos, por su actividad y presteza en poner al punto remedio á lo mas preciso; pero vivió siempre con temores y angustias en todas las situaciones penosas que anuncian la mayor catástrofe, y que constituyen quizá la parte menos soportable de la desgracia. No fue Roma presa de los artificios ó variaciones de este Príncipe; mas como no contravenía en el fondo á la confesión de fe que le habia sido propuesta primero por la santa Sede, ni á lo que habia sido establecido despues por el concilio de Leon, se contentó al parecer con lo esencial de las cosas, y prescindió en aquel instante de la adición del símbolo. Llegó Nicolao III hasta hacer alianza con Miguel contra el Rey de Sicilia; por cuanto este Príncipe, el mas recto, el mas valeroso y aun el mas dichoso de los guerreros de su tiempo, habia hecho su poder formidable á toda la Italia. Otro motivo de este equivocado proceder del Papa, segun varios historiadores, fue la altivez irónica con que el Rey se habia negado á casar un Prin-

cipe de su sangre con una sobrina del mismo Papa, que siendo de la distinguida casa de los Ursinos, creía poder aspirar á un enlace augusto (1). Cárlos, á la propuesta que se le hizo de parte de Nicolao, segun el Florentino Malespina, dió esta contestación: aunque tenga el calzado rojo, su sangre no es digna de juntarse con la nuestra.

9. No impidieron al Papa Nicolao tantos intereses públicos y privados tomar en una consideración del todo particular los asuntos de la orden de frailes menores, á los que profesaba, digámoslo así, un afecto innato. Siendo aun niño, fue presentado á San Francisco por su padre, que era de la orden tercera, y el Santo profetizó, que sin tomar el hábito de franciscano seria el defensor de su orden, y despues el maestro del mundo. En efecto, era cardenal protector de la orden de San Francisco cuando fue elegido Papa; y no permitiéndole ya los cuidados del gobierno general de la Iglesia emplearse en su primer oficio con la atención oportuna, se lo encargó á su sobrino el cardenal Mateo Rosso de Ursino, diciéndole: „mi querido hijo, muchos son los favores que os tengo hechos, mas ved aquí el mayor y el mas propio para abriros la puerta del cielo, pues tendreis parte en las oraciones y en las obras de un número crecidísimo de santos. Al confiaros la protección de los frailes menores, os doy lo que tengo en mayor estima y aprecio.” Luego sacando el anillo de su dedo, y derramando

(1) *Ricord. Blon. Naucler. Villan.*

tiernas lágrimas, se lo dió al nuevo protector en señal honorífica de esta dignidad, y como un motivo poderoso para desempeñarla gustosamente.

10. Sin embargo, la regla y la vida de los religiosos de San Francisco tenían muchos censores que la trataban de impracticable, y aun de arriesgada é ilícita. Es verdad que muchos de los frailes poseídos de un grande celo, con el motivo de reforma y de mayor perfeccion, se habian dejado llevar á escesos extravagantes, con sutilezas que llegaban hasta la quimera, y con una obstinacion que ya degeneraba en cisma; mas el cuerpo de la orden se atenia á la regla, tal como habia sido concebida por el santo fundador y aprobada por la Iglesia. A fin de establecer una distincion precisa y auténtica entre opiniones tan diversas, Nicolao III con dos cardenales de la orden, el general y algunos provinciales trabajó por espacio de dos meses en dar una justa nocion de este instituto. Por último, dió á luz la famosa bula *Exiit qui seminat*, en la que se resuelven con estension las objeciones hechas contra la regla de San Francisco (1). No contiene una buena parte de esta constitucion sino las contestaciones dadas otra vez por San Buenaventura en su apología de los pobres. Es lo mas particular que hay en ella la renuncia á toda especie de propiedad de parte de los frailes menores. Declara el Papa que la propiedad de los utensilios, de los libros, de todos los muebles cuyo usufructo puedan tener,

(1) *Cap. 3. de vers. sign. in sext.*

pertenece á la iglesia romana. Que de ella es igualmente el dominio de los lugares comprados con las limosnas, y de los que les fueren legados en especie sin ninguna reserva de parte de los donantes. Respecto á los sitios y casas que les hayan sido cedidas para su residencia, se añade que solo permanecerán ocupándolas entanto que persista el donante en la misma voluntad, y que si la revocase deberán dejarlas sin que la iglesia romana retenga ningun derecho: que por lo respectivo á las cosas consumibles con el uso, no están obligados á desistir de éste, en fuerza de la renuncia hecha de toda propiedad, por ser absolutamente indispensable para subsistir: que en lo demás no tendrán, ni aun el uso, mas que lo necesario, no solo sin superfluidad, sino tambien sin abundancia. Igualmente se confirma el punto de la regla de San Francisco, que prohíbe á sus religiosos el predicar contra la voluntad del obispo diocesano; lo que deseamos, dice el Papa, que observen á la letra, á menos que no sea de otro modo ordenado por la santa Sede.

11. Era esta la piedra de toque entre los prelados y los frailes, así menores como mayores ó dominicos, cuyos nombres encontramos en la asamblea de obispos celebrada en París cuatro años despues. Reunidos los prelados en número de veinticuatro en el palacio episcopal, hicieron concurrir á él de las diversas escuelas á los doctores, bachilleres, á todos los estudiantes de cada facultad y á los principales religiosos de diferentes órdenes. Dirigiendo

Simon de Beaulieu, arzobispo de Bourges, la palabra á los miembros de la universidad, se esplicó en estos términos: „vosotros llegareis á ser lo que somos, y no creo que haya en el dia ningun prelado entre nosotros que no haya sido de este cuerpo ilustre. Por tanto, en nombre de todos los obispos del reino, cuyo poder tenemos por escrito, despues de haber empleado infructuosamente la mediacion de los señores y del mismo Rey, os dirigimos nuestras quejas contra los frailes mayores y menores, los que usurpando la direccion de la grey confiada á nuestra solicitud, predicán y confiesan contra nuestra voluntad en todas las diócesis, y dicen que tienen al efecto privilegios de muchos Papas. A fin, pues, de instruiros de su contenido, se os leerán ahora.” En efecto, lo hicieron, y en seguida se leyó el decreto del concilio de Letran tocante á la confesion anual, como si los creyeran opuestos á él. Guillermo de Macon, obispo de Amiens, sostuvo luego que estas concesiones no habian derogado el decreto del concilio, y que los frailes no podian administrar la penitencia sin licencia de los obispos y de los curas.

No hablaron los frailes presentes una palabra para contradecir á los prelados; mas en los primeros dias de fiesta algunos predicadores franciscanos y dominicos subieron al púlpito y declamaron altamente contra las pretensiones de los prelados. En el discurso del propio mes, el sábado 20 de Diciembre, hubo una nueva asamblea de obispos, y

una igual convocacion de la universidad. Tornó á tomar la palabra Guillermo de Amiens, refutó lo que habian asegurado los predicadores, y citó cartas de Roma escritas por los principales personajes de aquella corte. Afirmaban éstas estar dispuesto el Papa á revocar por fin los privilegios escesivos de los religiosos mendicantes, al menos á explicarlos de una manera que no alterara el orden de la gerarquía.

12. Ocupaba entonces Martino IV la Cátedra de San Pedro, en la cual, despues de seis meses de vacante y mucho tumulto, habia sucedido al Papa Nicolao en 22 de Febrero de 1281. Era francés, nacido en Turena de la distinguida casa de Brion, tesorero de San Martin de Tours, cuyo nombre tomó en vez del de Simon que habia recibido en el bautismo, y cardenal presbítero del título de Santa Cecilia (1). Aunque es el segundo Papa de este nombre, le llaman Martino IV, sin duda por haber confundido los dos Marinos con los Martinos. Espidió dos años despues de su eleccion una bula que añadió esta cláusula á las facultades de predicar y confesar que confirmaba en los frailes menores. „Queremos que los que se confiesen con estos frailes, estén obligados con todo á confesarse con sus curas una vez al año, segun lo establecido por el concilio: los mismos frailes procurarán exhortarlos á esto con desvelo y eficacia (2)”

(1) *Duchesn. Histor. Card. Franc. tom. 2. pag. 283.*

(2) *Tom. 11. Conc. pag. 1144.*